

LA VIDA DE SAN MALCO
San Jerónimo

INTRODUCCIÓN

*San Jerónimo*¹

Nació, de padres cristianos, en Estridón, ciudad ubicada en los confines de la Dalmacia y de la Panonia (¿actual Yugoslavia?). Sin que sea posible localizar más exactamente el lugar, pues la ciudad fue arrasada por los Godos y no quedaron rastros de ella.

Se desconoce la fecha del nacimiento de Jerónimo, pero parece que debe situarse entre los años 345-347.

Después de recibir la educación básica en su ciudad natal, a los doce años de edad Jerónimo partió hacia Roma, acompañado por su amigo Bonoso. En la gran urbe fue discípulo del famoso gramático Elio Donato, bajo cuya guía comenzó a leer los clásicos de la literatura latina. También en Roma principió a copiar las grandes obras de la literatura clásica, primer núcleo de su biblioteca: tesoro que lo acompañará en todos sus viajes.

Sin embargo, más que el estudio de la gramática lo atrae la retórica. Al punto que toda su vida recordará sus estudios de dicha materia, y las huellas de la enseñanza recibida durante estos años en Roma marcará gran parte de su producción literaria.

Al terminar sus estudios, junto con Bonoso, Jerónimo se traslada a Tréveris, en la *Gallia*, donde residía el emperador Valentino (364-374). Acercarse a la corte imperial era un paso normal para un estudiante dotado que pretendiera hacer carrera en la administración del Imperio.

En Tréveris, Jerónimo conoce el ascetismo cristiano, y más concretamente el monacato de origen egipcio. El ascetismo había echado raíces en dicha ciudad merced a la influencia de san Atanasio, que había residido allí, exilado, entre los años 335 y 337. Jerónimo no sólo manifiesta gran estima por esa forma de vida, sino que comienza a instruirse en la literatura cristiana. Al punto tal que, junto con Bonoso, deciden abandonar la cañera administrativa y retornar a su patria.

Luego de una breve permanencia en Estridón, Jerónimo realiza su primera experiencia de vida ascética comunitaria en Aquileya (límite entre Italia y Yugoslavia). Allí, en tomo al obispo Valeriano, se constituyó un grupo de ascetas que llevaban vida común. Junto con Jerónimo, fueron miembros de la comunidad: Bonoso, Rufino, Cromado (futuro obispo de Aquileya) y Evagrio, quien fuera el segundo traductor latino de la Vida de san Antonio (desconocemos el nombre del primer traductor). No hay noticias sobre los detalles de esta comunidad que pronto se dispersaría, según Jerónimo por causa de un “súbito turbo” (*Ep.* 33,1), expresión que por cierto en nada ayuda a comprender lo acaecido.

El fracaso de la primera experiencia comunitaria de vida ascética debe haber significado un rudo golpe para Jerónimo, ya que estaba eufórico con esta forma de vida. Se decidió entonces a dejar su patria y emprender viaje hacia el Oriente.

La primera estadía en Oriente (374-381)

Para llegar a Oriente siguió la ruta que iba por tierra, pasando por: Tracia, Bitinia, Ponto, Galacia, Capadocia y Cilicia, y arribando finalmente, en el otoño del 374, totalmente extenuado, a Antioquía, ciudad en la que fue auxiliado por su amigo el presbítero Evagrio (ver *Ep* 3,1-2). Una vez repuesto de su agotador viaje se retiró al desierto de Calcis, donde iba a llevar una dura existencia como anacoreta entre los años 375 y 377. Algún tiempo después él mismo describirá su experiencia de este período en la carta a Eustoquia (ver la *Ep* 22, escrita el año 384). Pero incluso viviendo en el desierto Jerónimo siguió siendo un intelectual, un estudioso. No sólo la

biblioteca lo siguió al yermo, sino que aprovecho la soledad para perfeccionar sus conocimientos de griego e inició el estudio del hebreo, con la ayuda de un judío convertido. Se preparaba, pues, para su gran trabajo de exégesis y traducción de las Sagradas Escrituras.

Sin embargo, la vida en el desierto, aunque iniciada con verdadero entusiasmo, no fue demasiado exitosa. Además, varios disturbios que sucedieron a la crisis arriana vinieron a turbar la vida de los anacoretas, y Jerónimo se vio implicado en ellos, razón por la que, al cabo de dos años, regresó a Antioquía. Esto no significaba que abandonase el ideal ascético. Todavía en el desierto, o poco después de su llegada a Antioquía (¿hacia el 377?), escribió la vida de un monje que constituiría la primera de una célebre trilogía: la vida de Pablo. Se trata más bien de una novela, casi una fábula, en la que se narra la vida de Pablo de Tebas y su particular encuentro con san Antonio. Jerónimo intenta demostrar que el primer ermitaño fue Pablo y no el gran Antonio. La descripción de la cueva de Pablo, idílica pintura, se transformará en el escenario clásico de la vida de los ermitaños. Las otras dos vidas de monjes las escribirá más tarde en Belén.

Desde el primer momento de su retomo a Antioquía y en los años subsiguientes (375-379), Jerónimo manifiesta un siempre mayor interés por los estudios bíblicos, y de modo particular por la exégesis. Asiste a las clases de Apolinario de Laodicea sobre cuestiones vinculadas con esa ciencia, pero se cuida mucho de aceptar sus ideas heterodoxas.

El año 379 parte para Constantinopla, aceptando previamente ser ordenado presbítero a condición que no se le imponga incardinarse en una determinada diócesis, con lo que perdería su libertad de asceta. En la ciudad imperial prosigue sus estudios bíblicos bajo la dirección de Gregorio de Nacianzo. Influenciado por este gran doctor y también por Gregorio de Nysa, se entusiasma con la lectura de Orígenes. Traduce una serie de homilías del maestro alejandrino, iniciando así una actividad como traductor llamada a perdurar hasta el fin de sus días. La exégesis bíblica recibirá un fuerte influjo de este contacto con Orígenes.

Al abandonar Gregorio de Nacianzo la sede episcopal de Constantinopla, Jerónimo decide regresar a Roma: se inicia una nueva etapa en su vida.

La permanencia en Roma (382-385)

Apenas arribado a la ciudad eterna es presentado al papa Dámaso, hombre de vasta cultura, verdadero humanista, relacionado con la aristocracia romana y que, al mismo tiempo, sentía una gran simpatía por el movimiento ascético y monástico. La permanencia en Roma será decisiva en la vida de Jerónimo. Alentado por Dámaso se convertirá en revisor y traductor de la Biblia, realizando conjuntamente su ideal ascético en una vida de comunidad y dedicación al estudio. Fue en Roma que tradujo las homilías de Orígenes sobre el Cantar de los Cantares, y empezó a traducir el Tratado sobre el Espíritu Santo de Dídimo el Ciego, denunciando en el prefacio los plagios realizados por san Ambrosio. Asimismo, por iniciativa de Dámaso, llevó a cabo una primera revisión del Salterio y dio comienzo a un comentario sobre el Eclesiastés, que terminaría más tarde en Belén.

En Roma, Jerónimo no se dedicó solamente al trabajo científico, sino que se transformó en un verdadero apóstol de la vida ascética. Criticó duramente la vida cómoda y ociosa de muchos de los miembros del clero romano, dando libre cauce a su vena satírica. Se puso en contacto con miembros de la aristocracia romana, particularmente señoras, que practicaban la vida ascética en sus casas. En este período era frecuente que la familia estuviese dividida, sobre todo en las clases más altas de la sociedad, de modo que los padres de familia seguían siendo paganos, mientras que las mujeres, madres e hijas, eran devotas cristianas que practicaban un riguroso ascetismo. El padre se preocupaba sólo por asegurar la educación pagana de su hijo primogénito, abandonando los restantes hijos al cuidado de la madre. Eran, pues, las mujeres las que manifestaban un mayor interés por la exégesis como así también con todo lo que tenía relación con los lugares y monumentos bíblicos. Nació entonces un movimiento ascético e intelectual de mujeres eruditas, que estudiaban los textos sagrados y aspiraban también a visitar los lugares en los que se habían desarrollado los acontecimientos de la historia vetero y neotestamentaria. E incluso muchas de ellas aspiraban a conocer “in situ” el monacato oriental, en particular el egipcio. Este movimiento dará lugar a las fundaciones latinas de comunidades

cenobíticas en Tierra Santa.

Los contactos de Jerónimo con este círculo de damas cristianas fueron motivo de muchas satisfacciones para su vida espiritual y constituyeron un estímulo para su trabajo bíblico. Pero también le valieron muchos enemigos, particularmente de parte del clero romano, a cuyos miembros el santo hostigaba incansablemente. Por eso a la muerte de Dámaso, 11 de diciembre del 384, que era su amigo y protector, la situación de Jerónimo se torna insostenible y se ve obligado a abandonar su querida Roma. En agosto del 385 se embarca en Ostia rumbo a Oriente. Lo acompañan Paulino, algunos monjes y el sacerdote Vincenzo, su amigo. Más tarde lo seguirán Paula, Eustoquia y algunas otras vírgenes. Se inicia así la última etapa de la vida de Jerónimo.

Segunda estadía en Oriente (385-419)

Los dos grupos que habían dejado Roma con poca diferencia el uno del otro se encuentran en Antioquía o en Salamina de Chipre, sede del obispo san Epifanio. Desde allí siguen viaje juntos con el fin de visitar los lugares santos y conocer a los monjes y monasterios egipcios. Es también muy probable que Jerónimo haya aprovechado el viaje a Alejandría para entrevistarse con Dídimo el Ciego. Al término de este viaje Jerónimo y Paula acuerdan establecerse en Belén. Se construyen dos monasterios merced a una donación de Paula, y poco tiempo después se añade un albergue para peregrinos. La vida cenobítica se organiza bajo la dirección de Paula y Jerónimo. El monasterio para mujeres se hallaba próximo a la basílica de la Natividad; mientras que el de varones estaba en el campo con vista a la mencionada basílica y a la tumba de Raquel. La comunidad masculina fue poco numerosa, no así la femenina.

Es en este marco monástico, ya en plena madurez, que Jerónimo se va a dedicar especialmente a la tarea de traducir la Biblia. Comienza primero una revisión del Antiguo Testamento, a partir del Salterio, del libro de Job y de los libros de Salomón. Para luego embarcarse en la difícil labor de traducir el Antiguo Testamento a partir del texto hebreo. En este periodo escribe numerosas cartas que son una fuente de incalculable valor para conocer detalles de su vida. Y en el monasterio se ocupa de la enseñanza preparando a los catecúmenos e iniciando a algunos jóvenes en el estudio de la gramática latina.

A partir del año 393 la crisis origenista y la penosa controversia con su amigo Rufino lo apartaron de su actividad como traductor de las Sagradas Escrituras. Los últimos años de su vida estarán signados por las sombras que lo envolvieron cuando se enteró de la invasión de los Hunos y por las preocupaciones económicas, pues la fortuna personal de Paula había desaparecido, a causa de su gran generosidad mal acompañada con una deficiente administración de sus bienes. La muerte de su gran amiga lo entristecerá sobremanera (año 404). A lo que se viene a sumar la llegada de los refugiados del saqueo de Roma por parte de Alarico (año 410). Todas estas preocupaciones significaban otras tantas interrupciones en su ya dificultosa tarea científica.

Terminada la crisis origenista Jerónimo sale de nuevo al combate con motivo de la crisis pelagiana. Intervención que le acarreó graves consecuencias, pues los monjes adictos a Pelagio procedieron a incendiar algunos edificios del monasterio de Jerónimo.

Un último golpe para el anciano traductor de los libros sagrados fue la muerte de Eustoquia, acaecida a finales del año 418. Menos de un año después moría Jerónimo, el 30 de setiembre del 419. Nada sabemos de sus últimos días.

TEXTO²

1. Quien debe afrontar una batalla naval, primero endereza el timón hacia un puerto y un brazo de mar tranquilo, retira los remos, prepara las armas de abordaje y los arpones, y acostumbra a los soldados, formados en cubierta, a permanecer firmes en sus puestos, incluso en posición inclinada, con el pie que resbala sobre el puente. Así, si han aprendido durante las maniobras, no tendrán miedo en el momento de la verdadera batalla. Del mismo modo también yo que he callado por largo tiempo (me ha reducido al silencio uno para quien mis palabras son

un suplicio) deseo ejercitarme primero con una corta obrita y arrancar, si así puedo expresarme, la herrumbre de mi lengua, para pasar después a una obra histórica de mayor importancia. La cual, si el Señor me da vida y si mis detractores cesan de perseguirme, al menos ahora que yo huyo y permanezco encerrado³, pretendo sea una historia que vaya desde el advenimiento del Salvador hasta nuestros tiempos, es decir desde la edad apostólica hasta la decadencia de nuestros días. Quisiera narrar cómo y por obra de quién ha nacido la iglesia de Cristo; cómo, una vez crecida, se desarrolló en virtud de las persecuciones y fue coronada por los mártires; y cómo, finalmente, desde cuando ha caído en manos de los emperadores cristianos, han aumentado su riqueza y poder, pero ha decrecido su virtud. Pero de esto trataremos en otra ocasión, ahora pasemos a exponer nuestro argumento más inmediato.

2. Maronia es un pequeño pueblo, distante treinta millas hacia el este de Antioquía, ciudad de Siria. Después de haber pasado, bajo, los puedes llamar dueños o protectores, diversos, cuando en mi juventud residía en Siria terminó en posesión de un queridísimo amigo: el obispo Evagrio⁵. Lo he mencionado con el deliberado propósito de mostrar de cual fuente he sabido cuanto me apresto a contar.

Había, pues, en aquel pueblo un sacerdote llamado Malco (nombre que en latín se traduciría por rey), sirio de lengua y de nacionalidad; de hecho, era oriundo del lugar. Vivía con él una muy anciana mujer, que ya parecía en el umbral de la muerte. Ambos eran tan dados a la religión, frecuentaban la iglesia con tanta asiduidad, que si en medio de ellos hubiese estado Juan los habría tomado por Zacarías e Isabel, los del evangelio (*Lc 1,5 ss.*). Picado de curiosidad empecé a preguntar a los habitantes del lugar si su unión era matrimonial o espiritual, o si eran parientes. Todos unánimemente me contestaban que se trataba de santas personas bendecidas por Dios; y añadían no sé qué otras extrañas noticias. Empujado por el deseo de saber más, abordé directamente al anciano e interrogándolo con mucha insistencia sobre la veracidad de los hechos, supe de él cuanto sigue.

3. (Hijo mío), comenzó a contar, yo era un pequeño colono de Nísibe⁶, y era hijo único. Cuando mis padres, viendo en mí el único descendiente de su estirpe y el heredero de la familia, trataron de inducirme al matrimonio, yo respondí que prefería hacerme monje. A cuántas amenazas recurrió mi padre y a cuántas falsas alabanzas mi madre para hacerme traicionar estos propósitos de virtud, lo puedes deducir del simple hecho que terminé por huir de mi casa y de mis padres. Y como no podía marchar hacia Oriente, por causa de la vecina Persia y de los centinelas romanos, me dirigí a Occidente, llevándome únicamente una pequeñísima cantidad de provisiones, lo imprescindible para no morir de hambre.

No me extenderé en detalles. Llegué finalmente al desierto de Calcis, que se encuentra situado entre Imma y Berea, pero un poco más hacia el mediodía. Aquí encontré monjes y me confié a sus enseñanzas, sustentándome con la fatiga de mis brazos y castigando con ayunos la falta de templanza del cuerpo.

Después de muchos años de esta vida me vino el deseo de volver a la patria, y de consolar la viudez de mi madre, si estaba todavía viva (mi padre, por lo que sabía, ya había muerto). Habría luego vendido mi pequeña propiedad, distribuyendo parte de lo recibido a los pobres, una parte la destinaría al monasterio, y otra parte —¿por qué avergonzarme de confesar mi poca fe?— la reservaría para gastos personales. Mi abad comenzó a gritar que aquella era una tentación del demonio, que bajo un pretexto perfectamente lícito se escondían las insidias del antiguo enemigo. ¡Es verdad, decía, el lobo pierde el pelo, pero no los vicios! He aquí cómo se han extraviado tantos otros monjes: ¡nunca el demonio se muestra con su verdadero rostro! Y proseguía citándome tantísimos ejemplos de las Sagradas Escrituras, recordándome entre otros como originariamente fue justamente la esperanza de devenir semejantes a Dios lo que indujo a engaño a Adán y Eva. Mas como no lograba persuadirme se arrojó a mis pies rogándome que no lo abandonase, que no me perdiese, que no mirase para atrás mientras sostenía el arado. Conseguí vencer, pobre de mí, a mi consejero con una desgraciada victoria. Pensaba que él no se preocupaba de mi salvación, sino de la propia consolación. Me acompañó fuera del monasterio como habría acompañado un muerto, y me dio el postrer adiós con estas palabras: Veo que has sido sellado con el sello del hijo de Satanás; no pregunto el motivo, no acepto

excusas. La oveja que se aleja del redil se expone inmediatamente a las mordeduras del lobo.

4. Próximo a la vía pública que lleva de Berea a Edessa hay un desierto siempre recorrido, en todas las direcciones, por tribus nómades de Sarracenos. En previsión de poderse encontrar con ellos, los viajeros en aquel punto se unen en grupos numerosos para poder afrontar el peligro correspondiente con la ayuda recíproca. En mi caravana éramos cerca de setenta entre hombres, mujeres, viejos, jóvenes y niños. He aquí que de improviso caen sobre nosotros, montados sobre camellos y caballos, los Ismaelitas, con los largos cabellos sostenidos por cintas, los cuerpos semidesnudos, llevando detrás los mantos y unos grandes zapatos, las flechas colgadas a la espalda, mostraban los arcos sin tensar y llevaban largas lanzas. En efecto, no habían venido para combatir, sino para saquear. En un momento fuimos capturados, dispersados, arrastrados en todas las direcciones. En aquella ola yo, que después de una larga ausencia volvía a la patria para tomar posesión de mi herencia, y demasiado tarde me arrepentía de mi decisión, fui asignado como esclavo junto con una pobre mujer a un único dueño. Nos llevaron, o más exactamente nos transportaron en la grupa de un camello, a través del desierto sin confines, temiendo a cada instante por nuestra vida, íbamos agarrados a nuestra bestia, más que cabalgarla. Único alimento: carne medio cruda; única bebida: leche de camello.

5. Finalmente, después de atravesar un gran río, llegamos al corazón del desierto. Y allí se nos obligó a rendir homenaje al dueño y a sus hijos según la costumbre del lugar, nos inclinamos profundamente delante de ellos. En aquel sitio, para mí una especie de cárcel, aprendí a vestir de modo distinto, es decir casi desnudo, porque a causa de la temperatura tórrida no se podía uno cubrir sino sólo las partes vergonzosas. Se me confiaron las ovejas y debía conducir las a pastar, de modo que frente a mi desventura tenía al menos este consuelo: que no veía nunca a mis patronos y a mis compañeros de esclavitud. Me parecía tener algo del santo Jacob, me venía a la mente Moisés, en un tiempo también ellos pastores en el desierto. Me alimentaba con queso fresco y con leche; oraba ininterrumpidamente, o cantaba los salmos que había aprendido en el monasterio. Estaba contento con mi cautividad, y daba gracias a la voluntad de Dios que me había hecho hallar en el desierto al monje que hubiese perdido en la patria.

6. ¡Ah, jamás se está a salvo del demonio! ¡Ah, qué variadas e indescriptibles son sus insidias! Y sucedió que el demonio me encontró en mi escondite.

El patrón que veía crecer su rebaño, y no me observaba engañándolo (sabía yo lo que manda el Apóstol (*Ef* 6,5 ss.) según lo cual es necesario servir a los propios patronos con la misma fidelidad que se serviría a Dios), queriendo recompensarme y al mismo tiempo hacerme todavía más fiel, me dio por esposa aquella compañera de esclavitud que en su momento fue hecha prisionera junto a mí. Yo me negué diciendo que era cristiano y no podía tomar por esposa la mujer de un hombre todavía con vida (es necesario saber que su marido había sido capturado junto con nosotros y había sido llevado por otro dueño). Pero mi señor, inflexible, montó en cólera y empezó a amenazarme con la espada desenvainada; y si no me hubiese apurado a tender los brazos para abrazar a la mujer, me habría traspasado en ese mismo momento. Mientras tanto, ay, demasiado pronto para mí, había llegado una noche más oscura aún que lo habitual. Conduje a mi nueva esposa hacia una cueva semidestruida. En aquella noche de bodas bajo la enseña de la tristeza nos odiábamos mutuamente sin atrevernos a confesarlo. En aquel momento sentí todo el peso de mi cautividad y postrado en tierra empecé a lamentar el monje que perdía diciendo: ¿Es este, desgraciado de mí, el fin para el que he sido salvado? ¿Es este el extremo al que me han llevado mis faltas? ¿Justamente ahora que mi cabeza comienza a tener canas yo, virgen, debo convertirme en un marido? ¿De qué me sirve haber despreciado en el nombre del Señor padres, patria, posesiones, si ahora realizo aquel acto por el que desprecie todo aquello para evitarlo? Pero tal vez me toca soportar todo esto por haber sentido nostalgia de mi patria. ¿Qué hacer alma mía? ¿Sucumbir, o vencer? ¿Esperar la mano de Dios, o atravesarnos con nuestro mismo puñal? Dirige la espada contra tí: para mí es mucho más temible tu muerte, que aquella del cuerpo. Hay un martirio también para quien ha observado la virtud; por testimoniar a Cristo yaceré sin sepultura en este desierto, perseguidor y mártir, a un

mismo tiempo, de mí mismo.

Así hablé, y saqué una espada que brillaba incluso en las tinieblas; volví la punta contra mí y dije: Adiós, desgraciada mujer, has hecho de mí un mártir más que un marido. Entonces ella se arrojó a mis pies, y me dijo: Te suplico en el nombre de Jesucristo y te ruego en nombre de la gravedad de esta hora, no derrames tu sangre por mi culpa. Y si has decidido morir dirige primero tu puñal contra mí: sea este nuestro modo de unirnos. Aunque si volviese junto a mi marido continuaría observando la castidad que me ha enseñado la esclavitud, o elegiría morir antes que perderla. ¿Por qué quieres morir para no unirme a mí? Sería yo quien perecería si tú quisieses esta unión. Halla, pues, en mí una compañera de continencia, y ama la unión de las almas tanto como aquella de los cuerpos. Nuestros dueños se ilusionen pensando que tú eres mi esposo: Cristo sabrá que eres como un hermano. Será fácil convencerlos de nuestra boda cuando vean que nos amamos tanto.

Quedé asombrado, no lo niego, y admirando la virtud de aquella mujer tanto más amé en ella la compañera. Nunca he visto su cuerpo desnudo, nunca he tocado su carne, temiendo perder en tiempo de paz aquello que había salvado en la batalla.

En esta especie de matrimonio transcurrieron muchísimos días. Nuestra boda nos había hecho más queridos para nuestros dueños, quienes no sospechaban mínimamente intentos de fuga de nuestra parte; a menudo podía pasar un mes entero en el desierto, cual seguro pastor de sus rebaños.

7. Después de mucho tiempo, mientras estaba sentado solo en el desierto, sin ver otra cosa más que cielo y tierra, me puse calladamente a meditar en mi interior y a recordar, entre otras tantas cosas, los monjes con los cuales había vivido, y sobre todo el rostro del Padre que me había formado, mantenido junto a sí y finalmente perdido. En medio de estos pensamientos mi vista se dirigió a un ejército de hormigas todas activísimas sobre un muy estrecho sendero. ¡Qué espectáculo! Las cargas eran más voluminosas que los cuerpos; algunas, con las tenazas de la boca, transportaban semillas; otras quitaban la tierra de los agujeros y, construyendo diques, impedían a los pequeños ríos de agua que penetrasen. Otras todavía, pensando en el próximo invierno, para que el terreno mojado no transformase en maleza sus graneros, trituraban las semillas recogidas; otras, en denso cortejo, se llevaban los cadáveres de las compañeras. Pero la cosa más extraordinaria era que en todo el movimiento la que salía no molestaba a la que entraba; más, si veían a una compañera caída bajo una carga o una rama, se apresuraban a ponerle el hombro para ayudarla. ¿Qué más decir? Aquel día me ofreció un grato espectáculo. Me volvió entonces a la mente el dicho de Salomón (*Pr* 6,6 ss.), que pone como ejemplo la laboriosidad de las hormigas, y con su actividad trata de despertar las almas perezosas. Principié, pues, a cansarme de la esclavitud, a llorar las celditas del monasterio, deseando una vida semejante a la de las hormigas, donde trabajan todos juntos y no hay nada que sea propiedad de ninguno, sino que todo es de todos.

8. Cuando volví a mi tugurio, me vino al encuentro la mujer; y no supe disimular con la expresión de mi rostro la tristeza del alma. Me preguntó por qué estaba tan apenado. Me escuchó y cuando la exhorté a la fuga no se negó. Le pedí que mantuviera el secreto: ella lo prometió. Y continuando en la meditación de nuestros planes, vacilábamos largamente entre la esperanza y el temor.

En mi rebaño había dos capones de excepcional gordura; los sacrificué e hice odres, preparando al mismo tiempo la carne como provisiones para el viaje. Al caer la tarde, mientras nuestros dueños estaban convencidos que yacíamos en algún lugar apartado, nos pusimos en camino, llevando con nosotros los odres y parte de la carne. Cuando llegamos al río, distante unas diez millas, inflamamos los odres y nos subimos sobre ellos, confiándonos a las aguas y remando también un poco –cautamente– con los pies, de modo que la corriente nos llevase hacia la desembocadura y nos aproximase a la otra orilla mucho más abajo del punto en que habíamos entrado, para no dejarles huellas a nuestros perseguidores. Mientras tanto la carne se nos había mojado y en parte también había caído al agua: nos restaba alimento para tres días al máximo. Bebimos hasta la saciedad, en previsión de la sed inminente; corríamos, mirando siempre a nuestras espaldas, y avanzábamos más de noche que de día, sea por temor a las emboscadas de

los Sarracenos que estaban por todas partes, sea por el insoportable acoso del sol. El solo relato me llena de terror y si mi ánimo permanece tranquilo, todo mi cuerpo tiembla todavía por el horror.

9. Luego de tres días vimos desde lejos y sin distinguirlas dos personas que avanzaban a gran velocidad, montando dos camellos. Enseguida la mente presagiando desventuras, comenzó a sugerirnos que nuestro dueño tenía la intención de matarnos, y el sol se oscureció en torno nuestro. Mientras éramos presa del temor, comprendimos que nos habían traicionado las huellas sobre la arena. De golpe se nos presentó una caverna a nuestra derecha que se adentraba profundamente bajo tierra. A pesar del temor por los animales venenosos (víboras, basiliscos, escorpiones y otros animales semejantes, para escapar al calor del sol tienen por costumbre refugiarse a la sombra), sin embargo entramos en la caverna, y apenas penetramos nos dejamos caer en un hoyo a la izquierda, sin avanzar más, para no caer en la muerte justamente mientras tratábamos de evitarla y pensando que si Dios auxiliaba nuestra desgracia encontraríamos la salvación; y si consideraba nuestras faltas: la tumba.

¿Cuál crees fuese nuestro estado de ánimo, cuál nuestro temor, mientras fuera de la caverna, muy próximos a nosotros, estaban el dueño y el esclavo, quienes siguiendo las huellas habían llegado a nuestro escondite? ¡Cuánto más terrible es esperar que recibir la muerte! He aquí que de nuevo la lengua se me traba por el miedo, no me atrevo a respirar, como si estuviese aquí mi patrón que grita. El manda al esclavo que nos saque afuera de la caverna, y mientras tanto cuida los camellos, esperando con la espada desenvainada que salgamos. El esclavo avanza tres o cuatro pasos, mientras nosotros, desde nuestro escondite, le vemos, sin ser vistos, la espalda (en efecto, por la misma naturaleza de la vista, quien pasa del sol a la sombra queda completamente enceguecido), y su voz resuena por todo el lugar: ¡Salgan afuera, delincuentes, salgan afuera, para vosotros todo ha terminado! ¿Por qué no se mueven? ¿Qué esperan? ¡Salgan afuera, el dueño los llama, los espera pacientemente!

Estaba todavía gritando así, cuando a través de las tinieblas advertimos una leona que se lanzaba sobre él, lo mordía en la garganta y lo arrastraba en medio de abundante sangre. ¡Oh buen Jesús, cuál no fue entonces nuestro pánico, cuánta no fue nuestra alegría! ¡Veíamos morir a nuestro enemigo, y el dueño no lo sabía! Viendo que el esclavo tardaba en salir, sospeché que nosotros, que éramos dos, intentábamos hacerle frente; e incapaz de controlar su ira, al instante, espada en mano, penetró en la caverna. Pero mientras con rabiosos gritos maldecía la ineptitud del esclavo, fue atrapado por la fiera aún antes de haber alcanzado nuestro escondite.

¿Quién hubiese creído que, ante nuestros ojos, una bestia feroz combatiese por nosotros? Mas pasado el primer susto, he aquí que se agita ante nuestros ojos el fantasma de un análogo fin; sólo que era mejor afrontar la furia de la leona antes que la ira del hombre. Aterrados hasta lo más íntimo, sin atrevernos al más mínimo movimiento, nos pusimos a esperar como terminaría aquello, protegidos en medio de tantos peligros de aquel único baluarte que nos ofrecía la conciencia de nuestra castidad. La leona, tornándose cautelosa, y sabiendo que había sido vista, aferró con los dientes a su cría y la llevó fuera, dejándonos nuestro refugio. Sin poder creer a nuestros ojos, no nos precipitamos afuera inmediatamente, sino que esperamos largamente; y aun proyectando salir creíamos verla caer encima a cada instante.

10. Una vez pasado el miedo, y transcurrido aquel día, hacia el atardecer salimos de la caverna. Vimos los camellos, que eran del tipo llamados *dromedarios* por causa de su extraordinaria velocidad, rumiando el alimento de los días anteriores y después de haberlo tragado levantarlo de nuevo a la boca. Los montamos, nos restauramos con alimentos frescos, y después de diez días de viaje a través del desierto finalmente llegamos a los campamentos romanos. Llevados en presencia del tribuno, le expusimos los hechos con todo lujo de detalles. Luego fuimos llevados ante Sabiniano, comandante militar de la Mesopotamia⁷, y recibimos de sus manos una paga a cambio de los camellos.

Como mi abad ya se había dormido en la paz del Señor, vine a estos parajes y volví con los monjes, confiando la mujer a las vírgenes, amándola como a una hermana, pero sin ocuparme de ella como de una hermana.

Esta historia me narró el anciano Malco cuando era joven. Y esta misma historia, anciano

ahora yo, os he contado, exponiendo a personas castas una historia de castidad. Exhorto a quien es virgen a mantener la castidad. Vosotros, por vuestra parte, narrad todo esto a la posteridad, para que sepan que en medio de las espadas y en medio de los desiertos y las bestias feroces, la virtud no está nunca prisionera; y un hombre consagrado a Cristo puede morir, pero no ser esclavizado.

1. Para la vida de san Jerónimo seguimos fundamentalmente la excelente síntesis de C. Mohrmann, *Vita di Martino, Vita di Ilarione, in memoria di Paula*, Verona 1975, pp. XXX-LI. Para completar esta síntesis indicamos dos obras fundamentales: F. Cavallera, *S. Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, vol. I,1, Louvain 1922; J. N. D. Kelly, *Jerome. His Life, Writings and Controversies*, London 1975. En castellano sin duda lo más acertado son las páginas que J. Gribomont dedica a *Jerónimo* en: *Patrología. III. La edad de oro de la literatura patristica latina* (dir. de A. Di Berardino), Madrid 1981, pp. 249-298 (BAC 422).
2. Lista completa de las obras de san Jerónimo, con mención de las principales ediciones y traducciones a las lenguas modernas, por J. Gribomont en la obra citada, pp. 257-284. Para la *Vida de san Malco*: texto latino en PL 23,55 ss. Edición por C. C. Mierow, en *Classical Essays presented to J. A. Kleist*, St. Louis 1946, pp. 31-60. Nos ha sido imposible consultar esta edición por lo que nuestra versión sigue el texto del *Migne*, preparado por Vallarsi. Asimismo hemos tomado en consideración la versión italiana de G. Lanata, *San Girolamo: Vita di Paolo, Ilarione e Malco*, Milano 1975 (la *Vida de Malco* en pp. 113-128). Existe una versión castellana realizada por S. Huber, *Cartas selectas de san Jerónimo*, Buenos Aires 1945, pp. 441-452, pero que deja bastante que desear.
3. Referencia que se interpreta como que ya se hallaba en el monasterio de Belén. Debiendo haber escrito esta breve *Vida* entre los años 388-392, siendo la fecha más aceptada la de 391. Más que una biografía propiamente dicha se trata de un elogio de la virginidad.
4. Jerónimo nunca llevará a cabo este proyecto.
5. Es el mismo que había recibido a Jerónimo con ocasión de sus permanencias en Antioquía y que tradujo al latín la *Vida de san Antonio* de Atanasio de Alejandría.
6. Para esta y las siguientes indicaciones de carácter geográfico remitimos al lector a los excelentes mapas publicados por F. van der Meer y C. Mohrmann, *Atlas de l'Antiquité Chrétienne*, Paris-Bruxelles 1960. Por lo que respecta al pueblo de Maronia, mencionado un poco antes, no se sabe su ubicación exacta.
7. En la Mesopotamia, con asiento en Constantia, se hallaba la primera legión *partica*. De un tal Sabiniano, *magister equitum per Orientem*, entre los años 359-360, habla *Ammiano Marcelino*, XVIII,5,5; 6,7-8; XIX,3,1 (nota tomada de G. Lanata, *op. cit.*, p. 140).